

se en posesion pacífica, sin que ninguno de sus iguales en el principado que Dios le habia dado, interviniese contra sus pretensiones orgullosas? Hubo, al contrario, en el acto, la intervencion armada de un príncipe fiel contra otro apóstata á la bandera que tenia por lema, *¿quién como yo?*, opuso Miguel otra que decia *¿quién como Dios?* y dióse en el cielo gran batalla, cayendo el dragon en el abismo, y afirmándose la paz en el empireo. El es tambien el que derriba del trono á los monarcas que siguen los malos consejos. ¿No vemos lo que se atrevió á hacer con el rey de los reyes? ¿No le presentó las grandezas de todas las monarquías, sus riquezas, sus glorias, y sus vanidades? Y ¿por qué hizo todo esto, sino porque sospechaba que habia encerrada en Jesucristo una dignidad sublime, y mayor que la de todos los reyes? Deseó saberlo con toda certeza; le ofreció engrandecerlo, extender sus dominios, darle muchos súbditos, y proporcionarle cuanto puede desear la ambicion, y apetecer la codicia; pero ¿para qué?, para derribarlo: *todo esto te lo daré*, le dijo: *si cayendo á tierra me adoras*.

(1) Desengáñense los reyes, que siguen las máximas de la revolucion: el demonio es quien las inspira, para arrojarlos de sus tronos; pues él no paga los servicios que se le prestan, sino con azotes y tiranías.

Insensatos son, por tanto, los que han atentado contra los derechos del Sumo Pontífice, adoptando las doctrinas inspiradas por el ángel de las tinieblas: el espíritu de la mentira ha presidido sus consejos, y al fin no encontrarán sino su propia ruina. El espíritu de Elías no ha muerto; léjos de eso, en primero de noviembre del año de mil ochocientos setenta, salió al camino, por donde Acab caminaba á tomar posesion de la viña de Naboth, y le echó en cara sus iniquidades, conminándole con las iras del cielo. Tiemble la revolucion: la roca de Sion, envuelta en nubes de gloria, ha despedido sus rayos contra ella: estos segun las órdenes del cielo, dan un viaje derribando la torre más alta que encuentran, volviendo al trono de donde son despedidos, y di-

(1) Mat., cap. IV v. 9.

ciendo, *aquí estamos*; (1) pero ellos saldrán de nuevo, y echarán por tierra á otras ménos elevadas torres. Hubo una saeta tirada al acaso, que voló á atravesar el corazon de Acab usurpador é impío, en los tiempos de la ley antigua; tambien la hubo en los de la nueva, que fué derecha, y sin ser dirigida á él, al corazon de Juliano, para que muriese imprecando al cielo, y diciendo: *venciste, Galileo*; y siempre que salga otro Acab que se apodere por la astucia, ó por la fuerza, de la viña de Cristo, plantada en la Sion de la Iglesia, saldrá un dardo del trono de Dios que acabe con él. Lo pasado nos responde de lo futuro.

CONCLUSION.

La sociedad civilizada por el Evangelio está como en atonía, sin poder dar razon de lo que pasa. La Europa está convulsa, sin poder entrar en la quietud que tuvo por largos años: casi la mitad de ella está presentando el estado anómalo que tenia el mundo en los tiempos de Julio César, cuando las legiones romanas, multiplicadas con superabundancia, decidían, entre lagos de sangre humana, de la suerte del mundo. La fuerza brutal está siendo la ley de los pueblos: á cada lustro se presentan escenas de carnicería, que solo se parecen á las de los Dardanelos en tiempo de Jerjes, á las de Actio en el de Marco Antonio, á las de Tito en Jerusalem. Casi en toda Europa se ha estado engañando á la Iglesia, des-

(1) Jo., cap. XXXVIII, v. 35.

pojándola insensiblemente de sus bienes, con pretexto de concentrarlos en los tesoros de la nación, y con promesas de cumplir honradamente con los deberes de justicia anejos á esa expropiación, que la misma Iglesia ha tenido que tolerar en obviación de mayores males. Se está cometiendo públicamente, á ciencia y conciencia del mundo entero, la más repugnante y contradictoria de las injusticias, no tolerando que la Iglesia posea y administre bienes, dando por causa el ser una sociedad de muchos; siendo así, que una nación, cualquiera que sea, no es tampoco más que una aglomeración moral de muchos, y una sociedad política, que por las mismas razones nada podría poseer; y siendo así, que los gobiernos autorizan las asociaciones mercantiles, y que por todas partes se asocian hombres y hombres en comandita para monopolizar esas inmensas aglomeraciones de oro que resultan de las empresas industriales y marítimas, favorecidas por los ferro-carriles y el vapor. Hay veinte un escándalo, y es, que el protestantismo ha conservado á los Obispos anglicanos, y á sus templos y edificios, las rentas y los bienes que quitaron al catolicismo, y hoy siguen poseyendo y administrando; que los turcos pagan rentas para sus mezquitas; que los bronzos y los bracmanes de la China y de la India perciben las rentas que tienen sus pagodas; mientras en las naciones católicas, han sido privados los templos y sus ministros de las rentas, que eran venerables, aunque no fuera más que por su ancianidad de muchos siglos. Hay otro escándalo inaudito, y es, que en esas mismas naciones, donde antes de despojar á la Iglesia de sus bienes, se pagaba el diez por ciento de contribución, ahora se paga el cuarenta con pretexto de mantener al clero y el culto; y recaudándose todo eso, hasta con exacciones violentas, el clero está muriéndose de necesidad, y el culto no existiría, si la piedad de los fieles no subviniere á sus gastos. El mundo está viendo por consiguiente, ó mejor dicho, está ahogándose bajo una doble presión, la de la fuerza brutal, y la del engaño de una falsa política.

La revolución, cual viento que sale de alta montaña,

ha estado soplando sobre los pueblos sus hálitos pestilentes; y á fuerza de soplar, ha engendrado tal tempestad, que no hay ya fuerzas morales en los gobernantes para disiparlas; y hace falta tanta fuerza brutal para contener los avances de la muchedumbre, que al fin ha sido casi necesario inventar máquinas de guerra que maten muchos miles en instantes. Aquí se quitan reyes, allí se levantan: hoy se dan vivas al bueno, mañana al asesino: se victorea á la vida, se victorea á la muerte, y hasta se dan victores á la guillotina. ¿Qué es esto?, se pregunta el hombre que piensa. ¿A dónde vamos á parar? Ultimamente se ha fraguado una conjuración de soberanos y de pueblos, contra lo mas santo y augusto que hay en la tierra: de aquellos, unos obraban con fraudulencia, otros, con atrevimiento, mientras otros toleraban el progreso de las trampas impías, y todos han dejado que se despojase al Sumo Pontífice de dos de sus diademas, pretestando algunos el respeto á la conciencia pública de los usurpadores, que eran dueños de sus actos: de estos, unos se han alegrado con la esperanza del botín, otros se han congratulado con los usurpadores sacrílegos, y otros se han quedado como estatuas sin movimiento: en vista de esto nos preguntamos todos: ¿qué va á suceder?

El escándalo del despojo de la Iglesia de Cristo, no solo es universal, sino que es un hecho consumado en todas sus partes: se habia ido despojando á los miembros mas esclarecidos, y se ha concluido la obra de iniquidad, despojando á la cabeza visible de este cuerpo. ¿Ha de continuar ese escándalo? ¿La sociedad ha de estar presenciando impávida el último resultado de tanta mentira, como está oyendo, desde hace demasiados años? Presagios hay ya de que eso no ha de suceder así. El mundo ha estado como aletargado, parte por la embriaguez que le ocasionaban los triunfos parciales de la revolución, parte por una especie de marasmo, en que habia caído por virtud de ese ópio de libertad, que se le propinaba á tragos continuos y copiosos. Pero el mundo empieza á desperezarse al estruendo de acontecimientos inauditos: en una nación grande, pero agoviada por un

peso de infortunios sin precedente, se está oyendo un grito sordo que dice: *volvamos atrás: al principio de auctoridad, al derecho, á la justicia, á la legitimidad; porque si no lo hacemos así, caemos en un abismo*: se empieza á conocer lo que son las revoluciones y los revolucionarios; lo cual es una especie de ráfaga de luz, dispuesta á romper las densas tinieblas de una mala política, que ha ocasionado tantos males, y producido tan espantosos desórdenes. (1)

En los países donde se entiende algo mejor el derecho que tienen los católicos á la proteccion de la ley, se ven asambleas de muchos millares de hombres, que gritan pidiendo justicia á las naciones contra el atentado; y esos gritos han de producir su efecto: en los que reina

(1) Al trazar estas líneas llega á nuestras manos un diario, en cuyas columnas vemos unas cuantas razones concernientes á asuntos políticos, que abrazan mucho en pocas palabras. Son de Mr. Gallicher, y dicen así: "en presencia de esta guerra impia que se hace á la integridad é independencia de la Francia; en presencia de la indiferencia cobarde de naciones, á las cuales sus armas y sus tesoros han dado la libertad, sabremos en adelante lo que valen esas grandes palabras de solidaridad y fraternidad de los pueblos; ideas grandiosas, pero vacías de sentido, de las cuales hemos sido los caballeros, y de las que hoy somos tristes víctimas. Nosotros habremos visto una vez la eterna comedia de las revoluciones: cierta categoría de patriotas gritando: ¡á las armas! ¡á las armas!, y corriendo á escalar el poder, los cargos públicos y las cajas del Estado." Mucho es lo que dice este escritor; pues descubre un secreto que podia haber quedado enterrado, al declarar que los 200,000 hombres que franquearon los Alpes en 1859, no fueron á Italia á producir orden sino desorden, y áfavorecer las ambiciones del Piamonte y los planes preconcebidos por el célebre Cavour y unos cuantos más conjurados contra el dominio temporal del Papa. En cuanto á la descripcion que hace de las revoluciones y de los patriotas, tiempo ha que la Europa lo ha podido saber; pues está viéndolo hace cien años. Lo que dá compasion es, que sea verdad que la Francia es víctima de su caballería errante en propagar esos principios absurdos de la nueva política. El cielo sabe si tamañas desventuras no son el castigo y la expiacion del paso de los Alpes por los doscientos mil, y de las tramas que le precedieron y le siguieron. Si el mal de otros consolase al afligido, nosotros nos atreveríamos á decir á esa nacion, digna de consuelo en sus aflicciones, que espere en Dios, que la salvará, despues de su correccion misericordiosa, y verá un gran castigo sobre la nacion que ha sido más ingrata hácia el Papa que hácia ella; aprendiendo en sí misma entre tanto á no servir al enemigo de la verdad, pues este no paga á nadie de otro modo.

la ley, pero sin aplicacion á los que quisieran imitar á sus hermanos derramados en toda la tierra, se forman tambien asambleas sagradas, en las cuales por medio de la oracion se clama al cielo, para que envíe á quien tenga escrito en los libros de su Providencia; y salve con la fuerza de su brazo al mundo que bambolea en la caducidad de tantas malas doctrinas, y por efecto de tantas invasiones, que han fundado su derecho en la fuerza brutal. La paz de la tierra está muy comprometida; el fuego de los antiguos cruzados, para ir á librar el sepulcro, que para siempre ha de ser glorioso, empieza á recorrer la tierra; y de aquí á poco, quizás, solo hará falta un *Pedro el hermitaño*, que empiece á recorrer el mundo, llamando á los combatientes de orden del cielo, ó algun nuevo san Bernardo, que les predique de parte de Dios, y los inflame mas y mas en sus santos designios.

Roma es la Jerusalem de la ley de gracia: allí está el sepulcro de aquel que, el primero de todos los hombres, ha sido lugar-teniente de Dios en la tierra: allí están los restos preciosos, ante los cuales se han postrado millones y millones de peregrinos, besando devotamente aquel suelo regado todo con la sangre de los dos grandes Apóstoles Pedro y Pablo, y de millones de mártires: los emperadores mas gloriosos, los reyes mas ilustres, los príncipes mas excelsos han inclinado sus augustas frentes ante aquellas cenizas, presentando al príncipe de los Apóstoles sus cetros de oro, sus coronas de brillantes, y ofreciéndole su espada para defender aquel suelo sagrado de la opresion del enemigo. ¿Dónde estais sombras, augustas? No habeis muerto, no. Todavía corre vuestra sangre por las venas de reyes poderosos y emperadores magnánimos. Estos tienen que levantarse á defender el derecho público, el natural, el de gentes siquiera, el suyo que se ve amenazado por las doctrinas revolucionarias: estos han de empuñar la espada, para cumplir el testamento de sus poderosos ascendientes: y ¡ay de ellos si no lo hacen! ¡ay del mundo si con la indiferencia de los encargados por Dios, como ministros de su reino universal, para defender la inocencia oprimida y

la justicia ultrajada, se permite que tenga una sancion criminal el mayor de los sacrilegios de nuestros tiempos. Llegó la hora para los reyes que quieran transmitir á sus hijos un cetro, y á las edades venideras una página de gloria: ó levantarse luego, ó disponerse á perecer mas pronto ó mas tarde. Los soñadores de la república universal han estado predicando cruzadas contra el Vicario de Cristo veinte años; y al cabo han preparado el camino para la obra de iniquidad, y han visto la consumacion del gran atentado. Animados con el suceso, fausto para sus aspiraciones, mañana empezarán una nueva cruzada contra todo emperador y todo rey. El levantarse ahora, será la muerte de la revolucion; el dejar sin castigo el atentado, es abrir la fosa para su propio trono, aunque parezca que está colocado sobre las nubes. ¡Ay de los reyes si no se apresuran á restablecer el imperio de la ley! Hemos visto que muchos Papas han tenido que huir de Roma, para sustraerse de los perseguidores, y todos han vuelto á su trono. Estamos viendo, mucho tiempo há, que muchos soberanos han dado un salto desde sus alcázares al destierro en suelo extraño, y ninguno vuelve. Téngase esta leccion en la memoria.

La paz del mundo, volvemos á decir, está muy comprometida: no son tan solo los emperadores, los reyes, y los príncipes, los que han arrojado sus cetros ante el sepulcro del príncipe de los Apóstoles; tambien se han desnudado allí de sus espadas los generales bizarros, de sus togas y láuros los sábios mas eminentes, y de sus mismos corazones los hijos de la Iglesia católica, consagrándose todos á la defensa de Pedro, y entregándole alma, vida y corazon. ¡Cuidado, cuidado, rectores de los pueblos! Un santo ardor empieza á inflamar los corazones de doscientos millones de católicos. Los ancianos y los jóvenes levantan su voz, protestando contra el atentado: advertid, que la mujer tambien toma ya parte en esa empresa; lo que es un signo presagio de grandes acontecimientos. Un nombre vetusto empieza á venir á la mente de los católicos: este nombre es Omar, nombre que recuerda la profanacion del sepulcro santísimo que existe en la antigua Jerusalem, y una era

heróica del pueblo cristiano, que se levantó en masa para ir á los campos de la Palestina, y librar el lugar santo de las huellas del agareno. La nueva Jerusalem, repetimos, tiene su sepulcro santísimo, donde están las cenizas sagradas de aquellos dos Apóstoles que, en las márgenes del Po, aparecieron al lado del gran Leon con espada en mano y mirada terrible, amenazando á Atila con la muerte, si daba un paso hácia Roma. *Omar está en nuestro Jerusalem, hollando el sepulcro de Pedro y Pablo*, es el grito que resuena hoy en el orbe católico: *fuera Omar, fuera los nuevos islamitas*, es lo que repiten niños y ancianos, sábios é ignorantes, los nobles, los guerreros, las doncellas, las ancianas, las vírgenes santas, el sacerdocio, el pueblo.

Calcule cada cual lo que podrá suceder: nosotros concluimos este escrito, diciendo que quizá las generaciones venideras han de leer una magnífica epopeya, con un epígrafe que diga: LA NUEVA JERUSALEN LIBRADA, cuyos cantos cerrará el poeta que la escriba, con la siguiente estrofa:

¡Désele gloria á Dios, dénse loores!

La ROCA quebrantó á quien la oprimia;

Triunfó el GRAN PIO de sus opresores,

Y la Italia duró ¡¡no más de un día!!

FIN.